

## DISCÍPULO

En un giro inesperado de su existencia, un discípulo pierde la devoción. Sin brújula, su oración ya no es luminosa.

Conociendo la plenitud, sufre doblemente al estar vacío. Ha decidido escalar montañas y surcar océanos con tal de recuperarla.

Firmemente asido de su morral, el discípulo devenido en peregrino, emprende la marcha. Lo mueven, la esperanza de encontrar su devoción perdida y el temor a tener una existencia vacía.

Aunque la jornada será dura, el peregrino errante no se arredra: los buscadores ansían y merecen una cuota de congoja.

Hay tres senderos por los que puede enrumbar. Luego de sopesar la dificultad de cada uno de ellos, se decide por el más escarpado. ¡No se vaya a decir que su voluntad es precaria!

Comienza a subir y no se detiene sino hasta tocar la cumbre. Allí, rodeado de nubes vaporosas, descansa y se alimenta de hierbas rastreras.

Un águila de cuello blanco lo observa.

“¡Una señal!”, piensa el peregrino, admirando la majestad del ave en su nido.

—¡Oh, ave de los cielos!, dime: ¿has visto mi devoción extraviada? Es como de este tamaño, cuando la tenía hasta las montañas se movían —pregunta el peregrino, buscando un punto en común con el pájaro.

El águila parpadea atemorizada. ¡No vaya a ser que la montaña se mueva!

—No, no he visto eso que llamas devoción —responde, sujetando el nido con sus garras.

Desencantado, el montañista abandona al águila que no es una señal.

—¡Grava suelta! —grita de pronto.

—¡Grava suelta!... ¡grava suelta!... —contesta el eco de la montaña.

De bruces en la tierra yerma, su segunda parada es providencial.

Una flor amarilla se mece desafiando la sequedad de un cañón.

“¡Una señal!”, piensa el iluso, en la misma posición que utilizara alguna vez para demostrar respeto y veneración.

—¡Oh, flor amarilla!, dime: ¿has visto mi devoción extraviada? Es como de este tamaño, cuando la tenía hasta el desierto reverdecía —pregunta el peregrino, buscando un punto en común con la flor.

La flor da un respingo. ¡No vaya a ser que pierda su protagonismo y exclusividad si el suelo reverdece!

—No, no he visto eso que llamas devoción —responde la flor, mirando fijamente la tierra cuarteada.

Triste y magullado, el peregrino se aleja de la flor que tampoco es una señal. Sus pasos son erráticos, pero la suerte está de su lado. El cajón montañoso se acaba y ante sus ojos se extiende un océano caudaloso. La sal curará sus heridas y los peces llenarán su barriga.

“¿Será que las aguas se abrirán para guiar mi trayectoria?”, se pregunta el caminante, invocando con tímida plegaria la gloria perdida.

Un tablón flota en el mar al alcance de sus manos.

“¡Una señal!”, piensa el peregrino, más por abatido que por creyente. Lo aborda y comienza a bracear. Brazadas van, brazadas vienen... la sal irrita sus heridas; brazadas van, brazadas vienen... el sol enrojece su piel; brazadas van,

brazadas vienen... el tablón (que está podrido) no soporta más el peso de su cuerpo y se desintegra en medio del océano.

El hundimiento no es una fiesta. El exdiscípulo, exdevoto, experegrino, exmontañista, desciende sin destino conocido. Su confianza está quebrada, su humor anegado y su humildad hecha trizas.

Al tocar fondo, dispersa la arena que cubre a una concha y su perla.

“¡Una señal!”, burbujea histérico, viendo que su peregrinaje zozobra.

—¡Oh, perla brillante!, dime: ¿has visto mi devoción perdida? Es como de este tamaño, cuando la tenía hasta... —pregunta el peregrino-rana, buscando, sin encontrar, un punto en común con la perla.

En esta ocasión no hay respuesta, pero sí salvación. La red de un pescador lo extrae desde el fondo y lo deja en la superficie respirable, devolviéndole la vida y, con ella, la oportunidad de aspirar a una existencia mejor.

La barca de su salvador se mece de cresta en cresta bajo un cielo astronómico. Erguido en la proa, el pescador sube y baja, contemplando las estrellas. El peregrino le quiere agradecer, mas, temeroso de perturbar las líneas que traza por el firmamento, se queda en la popa murmurando:

—¡Esta sí que es una señal! Estoy en la barca perfecta. Ese que conduce no es águila, flor, perla, ni pescador, es el Maestro, dueño y señor de mi devoción perdida.

—¡Oh, señor mío!, dime: ¿has visto mi devoción extraviada? Es así de pequeña —pregunta el peregrino con el corazón de un niño, buscando y encontrando un punto en común con el Maestro.

De espaldas al peregrino, el Maestro se deja admirar como una mariposa. Luego de un intervalo perfecto, gira como un planeta y lo mira solo a él. La timidez en sus ojos es conmovedora.

“Te amo”, siente el discípulo. Entonces, el Maestro da un paso y le habla por primera vez.